sus mulas, no atendió á mas preguntas. Sancho que vió suspenso à su señor y asaz mal contento, le dixo: señor, ya se viene á mas andar el dia, y no será acertado dexar que nos halle el sol en la calle: mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia y no dexaré ostugo en todo este Lugar donde no busque la casa, Alcázar, ó Palacio de mi Señora, y asaz seria de desdichado si no le hallase, y hallándole, hablaré con su merced y le diré donde y como quêda vuesa merced, esperando que le dé órden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado, le apetezco y recibo de bonísima gana: ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tú volveras como dices á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discrecion y cortesía espero mas que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de lá respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra

Morena, y así dió priesa á la salida, que fué luego, y á dos millas del Lugar halláron una floresta, ó bosque, donde Don Quixote se emboscó en tanto que Sancho volvia á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embaxada le sucediéron cosas que piden nueva atencion y nuevo crédito (*b*).

CAPÍTULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

Llegando el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no habia de ser creido, porque las locuras de Don Quixote llegáron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasáron

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY MEXICO

dos tiros de ballesta mas allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y rezelo, las escribió de la mesma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar á la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podian ponerle de mentiroso : y tuvo razon, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el aceyte sobre el agua : y así prosiguiendo su historia, dice, que así como Don Quixote se emboscó en la floresta, encinar, ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia, sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dexarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta, como le truxo la vez primera. Anda, hijo, replicó Don Quixote, y no te turbes, quando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria y no se te pase della,

como te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embaxada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pie, mírala, si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie, si te repite la respuesta que te diere, dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa, si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado : finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares commo ellos fuéron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca : que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran, quando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dexas. Yo iré y volveré presto, dixo San-

cho, y ensanche vuesa merced, señor mio, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir, que buen corazon quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas, y tambien se dice, donde no se piensa salta la liebre: dígolo, porque si esta noche no hallamos los Palacios ó Alcázares de mi señora, agora que es de dia los pienso hallar, quando ménos lo piense, y hallados, déxenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dixo Don Quixote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, quanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y Don Quixote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dexarémos, yéndonos con Sancho Panza, que no ménos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apénas hubo salido del bosque, quando volviendo la cabeza y viendo que Don Quixote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó á hablar consigo mesmo y á decirse: sepamos agora,

Sancho hermano, adonde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues que va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una Princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adonde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adonde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien ¿y de parte de quien la vais á buscar? De parte del famoso caballero Don Quixote de la Mancha, que desface los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice, que han de ser unos Reales Palacios, ó unos soberbios Alcázares. ¿Y habeisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamas. ¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus Princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dexasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon, quando no considerasen que soy mandado, y que *mensagero sois, amigo, no mereceis culpa, non.*

No os fieis en eso, Sancho, porque la gente Manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura. Oxte puto, allá darás rayo (1): no si no ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno, y mas que así será buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica por Ravena, ó al Bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué que volvió á decirse: ahora bien, todas las cosas tienen remedio sino es la muerte, debaxo de cuyo yugo hemos de pasar todos mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le

(1) Este adagio imprecatorio se lee así entero:

Alla daras, rayo,
En cas de Tamayo.

Los poetas se servian de él para estribillo de sus Letrillas, como lo hizo Don Luis de Gongora con la IV de sus *burlescas*.

sirvo, si es verdadero el refran que dice: dime con quien andas, decirte he quien eres: y el otro de: no con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció quando dixo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros exércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea, y quando él no lo crea, juraré yo, y si él jurare tornaré yo á jurar, y si porfiare porfiaré yo mas, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere, quizá con esta porfía acabaré con él, que no me envie otra vez á semejantes mensageriás, viendo quan mal recado le traigo dellas, ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza, quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y de-

túvose allí hasta la tarde, por dar lugar á que Don Quixote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que quando se levantó para subir en el rucio, vió que del Toboso hácia donde él estaba venian tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para que detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor Don Quixote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le vió, le dixo ¿que hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este dia con piedra blanca ó con negra? Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulos de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo, replicó Don Quixote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hacer vuesa merced, sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras

dos doncellas suyas viene á ver á vuesa merced. ¡Santo Dios! ¿Que es lo que dices, Sancho amigo? dixo Don Quixote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Que sacaria yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verá venir á la Princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin como quien ella es. Sus doncellas y ella, todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de mas de diez altos (1): los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento: y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mas que ver. Hacaneas, querrás decir, Sancho. Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas

(1) Llamábanse *altos* las guarniciones ó bordados de oro que se sobreponian en la tela de brocado. Por lo comun eran tres: el primero se llamaba *fondon*, el segundo *la labor*, el tercero *el escarchado*, que se formaba de unos como anillejos pequeños, segun dice Covarrubias en su Tesoro: *brocado de mas de diez altos* es ponderacion de Sancho.

á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas señoras que se puedan desear, especialmente la Princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió Don Quixote, y en albricias destas no esperadas, como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mias, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. Á las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en esto saliéron de la selva y descubriéron cerca á las tres aldeanas. Tendió Don Quixote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho, si las habia dexado fuera de la ciudad. ¿Como fuera de la ciudad? respondió ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mesmo sol á medio dia? Yo no veo, Sancho,

dixo Don Quixote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Agora me libre Dios del diablo, respondió Sancho ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á vuesa merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy Don Quixote y tú Sancho Panza: a lo ménos á mí tales me parecen. Calle, Señor, dixo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recebir á las tres aldeanas, y apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ámbas rodillas en el suelo, dixo: Reyna y Princesa y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el

asendereado (1) caballero Don Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre *el Caballero de la Triste Figura.* Á esta sazon ya se habia puesto Don Quixote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencaxados y vista turbada á la que Sancho llamaba Reyna y Señora: y como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimesmo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas, que no dexaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dixo: apártense nora en tal del camino, y déxenmos pasar, que vamos de priesa. Á lo que respondió Sancho: ó Princesa y señora universal del Toboso, ¿como vuestro magnánimo corazon no se enternece, viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo qual otra de las dos, dixo: mas jo que te es-

(1) El fatigado y molido de andar por sendas y caminos.

Tom. 5. *Pag. 158.*

trego (1) burra de mi suegro : mirad con que se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos : vayan su camino, é dexénmos hacer el nueso, y serles ha sano. Levántate, Sancho, dixo á este punto Don Quixote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta (2), tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ó extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mu-

(1) De este género de pullas usa Celestina para burlarse de Pandulfo, que la queria pegar un petardo : *cómo pensaba el asno necio de meter pieza y sacar pieza : xo que te estrego, asna coxa : mas habias de haber madrugado.* (Segunda Comedia de Celestina, ó su *Resurreccion*, por Feliciano de Silva, escena 39.) Y Levina, criada de la vieja Dolosina, dice contra el rufian Escalion : *xo que te estriego : por mi vida que le solteis el freno, y escopira, ó le asgais de la barba, y deciros ha mil gracias... ya los diablos le besen, que no tienen mocos.* (Selvagia : *comedia de Alonso de Villegas Selvago, fol.* 37.)

(2) Verso de Garcilaso. *Egloga III, oct.* 3.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

dado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo, para hacerle aborrecible á tus ojos, no dexes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumision y arrodillamiento, que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy de oir resquebrajos. Apártense y déxenmos ir, y agradecérselo hemos. Apartóse Sancho y dexóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apénas se vió libre la aldeana, que habia hecho la figura de Dulcinea, quando picando á su cananea con un aguijon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante: y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba mas de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra: lo qual visto por Don Quixote, acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo Don Quixote levantar á su encantada señora en los brazos sobre

sobre la jumenta, la señora levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algun tanto atras, tomó una corridica, y puestas ámbas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo mas ligero que un halcon sobre la albarda, y quedó ahorcajádas, como si fuera hombre, y entónces dixo Sancho: vive Roque, que es la señora nuestra ama mas ligera que un alcotan, y que puede enseñar á subir á la gineta al mas diestro Cordobes ó Mexicano: el arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas que todas corren como el viento: y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picáron tras ella y dispáraron á correr, sin volver la cabeza atras por espacio de mas de media legua. Siguiólas Don Quixote con la vista, y quando vió que no parecian, volviéndose á Sancho, le dixo: Sancho ¿que te parece, quan mal quisto soy de encantadores? y mira hasta donde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser á mi señora. En efecto,

yo nací para exemplo de desdichados, y par ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna: y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentáron estos traidores de haber vuelto y transformado á mi Dulcinea, sino que la transformáron y volviéron en una figura tan baxa y tan fea, como la de aquella aldeana, y juntamente le quitáron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que quando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tú dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos que me encalabrinó y atosigó el alma. ¡Ó canalla! gritó á esta sazon Sancho: ¡ó encantadores aciagos y mal intencionados, y quien os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha (1)! Mucho sabeis, mucho podeis,

(1) Lercha se dice tambien en la primera edicion y en todas las demas; pero visto que no parece palabra castellana, ni italiana, de donde suele adoptarlas Cervantes, y que por eso no se halla en ningun diccionario, se dexa al arbitrio del lector que, reputandola por errata de imprenta, substituya en su lugar *percha*, que es el instrumento que sirve para colgar pescados y ponerlos á secar, y de donde se dixo en Malaga el barrio del *perchel*, ó *los percheles*.

y mucho mas (1) haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, á la qual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho, á manera de vigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos de mas de un palmo. Á ese lunar, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que

(1) *Mucho mal haceis* debe decir, y no *mucho mas haceis*, que es una errata conocida, pues ni los encantadores, ni los que no lo son, hacen *mas* de lo que saben y pueden, quanto menos *mucho mas* de lo que pueden y saben: contradicion que no debe suponerse en Cervantes, tan discreto y tan advertido.

coresponde al lado donde tiene el del rostro ; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó Don Quixote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta y bien acabada, y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero díme, Sancho, ¿ aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, era silla rasa ó sillon? No era, respondió Sancho, sino silla á la gineta, con una cubierta de campo que vale la mitad de un Reyno, segun es de rica. Y que no viese yo todo eso, Sancho, dixo Don Quixote : ahora torno á decir, y diré mil veces, que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo tan delicadamente engañado. Finalmente despues de otras muchas razones que entre los dos pasáron, volviéron á subir en sus bestias, y siguiéron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse (1); pero ántes que allá llegasen les sucediéron cosas que por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante.

CAPÍTULO XI.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el carro ó carreta de las Cortes de la muerte.

Pensativo ademas iba Don Quixote por su camino adelante considerando la mala burla que le habian hecho los encantadores, volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba que remedio tendria para volverla á su ser primero : y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo, soltó las riendas á Rocinante, el qual sintiendo la libertad que se le daba, á cada

(1) Vease P. I, t. IV, not. 1, p. 340.